



En la verbena de Madrid: de '¡Rubén!' a 'Unamuno', tópicos y escritores de la España finisecular en las crónicas de Ventura García Calderón

Eva María Valero Juan¹

Resumen. La vinculación entre desarraigo y cosmopolitismo fue desarrollada con especial clarividencia por Ventura García Calderón en un ensayo que dedicó a Rubén Darío en el prólogo que escribió para el libro *Pages Choisies*, con textos del nicaragüense y publicado en 1918. Ese desarraigo es también revisitado por el peruano en sus crónicas sobre los escritores del 98 y, especialmente, en las dedicadas a Miguel de Unamuno. Gracias a los textos dedicados a uno y a otro, la figura de Darío y la de Unamuno quedan unidas bajo la mirada de García Calderón.

Palabras clave: desarraigo; Ventura García Calderón; Darío; Unamuno.

[en] In the verbena of Madrid: from 'Rubén!' to 'Unamuno', topics and writers of Spain finisecular in the chronicles of Ventura García Calderón

Abstract. The link between uprooting and cosmopolitanism was developed with special clairvoyance by Ventura García Calderón in an essay he dedicated to Rubén Darío in the prologue he wrote for the book *Pages Choisies*, with texts by the Nicaraguan and published in 1918. This uprooting is also revisited by the Peruvian in his chronicles on the writers of '98 and, especially, in those dedicated to Miguel de Unamuno. Thanks to the texts dedicated to one or the other, the figures of Darío and Unamuno are united under the gaze of García Calderón.

Keywords: dislocation; Ventura García Calderón; Darío; Unamuno.

Sumario. 1. Darío por Ventura: “el primer desarraigado”. 2. Tópicos finiseculares en las crónicas: de la ciudad muerta a don Quijote y a don Juan. 3. Escritores españoles del 98 en la mirada de Ventura García Calderón

Como citar: Valero Juan, E.M^a. (2017) En la verbena de Madrid: de '¡Rubén!' a 'Unamuno', tópicos y escritores de la España finisecular en las crónicas de Ventura García Calderón, en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 46, 195-205.

“Conocé una infancia triste bajo estrellas distintas, en un raro y lejano país” (García Calderón, 1989: 3). Así inicia y concluye Ventura García Calderón –uno de los máximos representantes de la Generación del 900 peruana– la crónica autobiográfica titulada “Elegía” que, fechada en París en 1912, forma parte de su

¹ Universidad de Alicante.
E-mail: evalero@ua.es

libro *Cantilenas*, un compendio de poesía y prosa publicado también en París en 1920. La frase, en la que el país natal es definido con esos tres adjetivos –distinto, raro, lejano– contiene en sí misma la esencia del desarraigo que, unido al cosmopolitismo, fueron, como es bien conocido, resortes principales del Modernismo hispanoamericano, definatorios asimismo de su figura central, Rubén Darío.

La vinculación entre desarraigo y cosmopolitismo fue desarrollada con especial clarividencia por Ventura en un ensayo que dedicó al nicaragüense, escrito a modo de prólogo para el libro, por él preparado, *Pages Choïsies (Páginas escogidas)* de Rubén Darío (1918), en el que como señala Sánchez, “se revela como un crítico creador” (“Prólogo”, en García Calderón, 1989: XIV). Dos años después este estudio formaría parte del volumen de Ventura García Calderón titulado *Semblanzas de América*, de 1920, que contiene dicho estudio junto con los dedicados a figuras centrales de finales del siglo XIX y principios del XX, tales como José Enrique Rodó, José Asunción Silva, Manuel González Prada, José Santos Chocano y Juan Montalvo, entre otros. Es de este ensayo dedicado por el peruano al nicaragüense del que parto en estas páginas, con el objetivo de observar cómo Ventura García Calderón, “fiel y triunfador discípulo del Cisne de Nicaragua” (son palabras de Luis Alberto Sánchez en el citado prólogo a su *Obra literaria selecta*, Biblioteca Ayacucho, 1989: XIX) desarrolló en varias crónicas tópicos fundamentales de la literatura finisecular relativos a la historia, la cultura y la literatura españolas y europeas. Estos aparecen en varios textos como “Epístolas a Teresa de Jesús”, incluido en la primera compilación de crónicas de juventud de Ventura que, bajo el significativo título de *Frívolamente*, apareció en 1908. Desde estos tópicos se trata de establecer asimismo los vínculos con las crónicas dedicadas por Ventura a escritores españoles como Unamuno, Azorín y Ortega y Gasset, recogidas todas ellas en el volumen *En la verbena de Madrid*. Con todo, el camino trazado desde los tópicos finiseculares a las visiones proyectadas por Ventura con respecto a los escritores españoles de su tiempo, permite seguir construyendo el mapa intelectual de las relaciones culturales y literarias entre España y América Latina tras el 98, momento crucial del paradójico renacimiento de la comunidad “hispano-americana” tras la independencia de las últimas colonias. Y dicha relevancia viene dada por el hecho de que el escritor peruano plantea ideas sobre algunos escritores españoles de su generación que marcan diferencias con respecto al discurso idealizador de la hermandad espiritual entre intelectuales hispanoamericanos y españoles en el contexto del 98².

Partamos del origen de la trayectoria literaria de Ventura García Calderón. Llegado a París con 20 años en 1906, este arequipeño de profesión abogado, que fuera condiscípulo y amigo de José de la Riva-Agüero, se convertiría en el afamado crítico que escribió obras clásicas de la historiografía peruana como *Del romanticismo al modernismo* (1910), y *La literatura peruana 1535-1914* (1914), así como en el escritor de la conocida colección de cuentos andinos *La venganza del cóndor* (1928), sobre la que recayeron las críticas –fundamentalmente iniciadas por Jorge Basadre– por dar una visión falsa del indio. Poeta y narrador, despuntó

² He desarrollado ampliamente el contexto de estas relaciones en *Rafael Altamira y la “reconquista espiritual” de América*, 2003.

en el género de la crónica con el conjunto de juventud reunido bajo el mencionado título *Frívolamente*, en el tiempo en que en París sobresalía en el género el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo. Tras el estallido de la Primera Guerra Mundial publicó otras dos colecciones de crónicas: *Bajo el clamor de las sirenas* y *En la verbena de Madrid*. Estas últimas surgen de su experiencia de asilo madrileño y entre ellas se cuentan las dedicadas a Unamuno, a Azorín (ambas en Madrid, 1914) y a Ortega y Gasset (París, 1915); crónicas en las que, siguiendo a Luis Alberto Sánchez, el estilo

es del más preclaro molde modernista, es decir, musical y semirromántico. [...] Su tiempo, literalmente, fue el musical de los modernistas en América Latina; el simbolista también musical en Francia; el mundo de la opereta y de la pintura impresionista; en suma, ‘la belle époque’”. (Sánchez en García Calderón, 1989: XIX)

1. Darío por Ventura: “el primer desarraigado”

El citado *Cantilenas* de 1920 contiene un breve texto titulado “¡Rubén!”, que concluye subrayando el tono de elogio que caracteriza todo lo escrito por el peruano acerca del nicaragüense: “sin ti me parece desprestigiada la Primavera” (García Calderón, 1989: 13). Pero sin duda el texto principal es el extenso prólogo a *Páginas escogidas* que Ventura le dedica, un capítulo lleno de anécdotas y sabiduría sobre Darío y su obra, del que surge el poeta y el hombre, desde su niñez y primera juventud hasta el final de sus días. En sus páginas se erige al gran poeta – “nuestro gran Rubén Darío” (García Calderón, 1989: 209), lo llama– que revolucionó las letras en España: “Este mestizo es el más refinado de los aristócratas. Y viene de la recóndita y menuda Nicaragua para transformar la poesía de la grande España” (207). Lo cual no es óbice para que surja asimismo el hombre y sus debilidades en frases como: “un pobre Edipo sin Antígona, que huele a alcohol y a mal ambiente” (209), o “la absurda vergüenza de ser mestizo y la timidez que ella le causaba” (209).

Dividido el texto en varias partes, me interesa ahora detenerme en la titulada “El hombre, el poeta, el trasplantado”, esencial para comprender esa esencia del desarraigo que, habiendo valido a Darío la rotunda frase de Rodó: “no es el poeta de América” (en García Calderón, 1989: 214³), porque no cantaba “las glorias criollas”, la independencia y la naturaleza americana⁴, es interpretada sabiamente por Ventura justo a la inversa: “representa muy bien el espíritu del americano a fines del siglo XIX” (215); “Es el primer desarraigado” (215), escribe; “y ese canto

³ Cito siempre las crónicas de Ventura García Calderón a partir de esta edición, indicando la página entre paréntesis.

⁴ Así explica Ventura García Calderón la visión de Rodó sobre Darío: “El poeta de América debía cantar, según aquellos descontentos, el vuelo de nuestras águilas, el espesor de nuestras selvas, todo aquello que precisamente no quería recordar nuestro maestro. Siempre el temor del lugar común lo guía. Así como no empieza de nuevo la elegía romántica, no quiere ser tampoco el paisajista tropical ya conocido. ‘El único tema de la poesía en la América española –decía más tarde hablando de sus comienzos– es la alabanza de las glorias criollas, de las hazañas de la independencia y de la Naturaleza americana: un eterno canto a Junín y una interminable oda a la Zona Tórrida’” (1989: 214-15).

patético del gran Desarraigado, es hasta hoy la mejor epopeya del continente” (223). A lo que cabe añadir estas líneas:

¿Cuál es la verdadera patria de Rubén? Todas lo son y ninguna. Nicaragua, en donde nace; Chile, que le acoge siendo joven; la Argentina, a la que debe su gloria; España, que lo recibe como a un conquistador que vuelve de las Indias; Francia, donde ha vivido las más grandes alegrías de su espíritu; París, que era la ciudad predilecta de su corazón... ¡Y sin embargo! Nos dice que siempre conserva la añoranza de la ciudad nativa, “el veneno de la raza”. Más, ¿podría vivir en su patria ese viandante que huye de su sombra? A lo sumo podría morir allí. (215)

Por último, concluye categórico:

Es, pues, el hispanoamericano, por excelencia, el producto singular de veinte cruces de razas en su siglo, la síntesis vivida de viejas inquietudes aventureras y nuevas curiosidades refinadas, ese ser extraño supercivilizado y semibárbaro que muchas veces compararon con los italianos del Renacimiento, un Euforión capaz de cultivar ‘flores del mal’ en la selva del Amazonas y de entender las delicadezas de Verlaine en una estancia de Patagonia. (215)

El tópico civilización y barbarie aparece así a continuación para la definición de Darío como el centauro que, en la visión de Ventura, encierra las dos naturalezas. Idea que le conduce a terminar este subcapítulo con la tan modernista sentencia: “¿Cómo comprender sus éxitos de veinte años si no hubiese sido intérprete de un estado del alma, pues en verdad definía una inquietud y representaba una melancolía” (216).

Más adelante encontramos el apartado titulado “Del Parnaso al Modernismo”, en el que Ventura se centra en la obra de la que destaca ante todo la nueva música creada por el vate nicaragüense en la poesía en español, en un tono de exaltación hacia el maestro que “enriqueció nuestra paleta”, y con el que “los ojos progresan” y “todo es matutino”. Las palabras no dejan duda a la consideración que Ventura tiene del poeta “a quien amamos”.

2. Tópicos finiseculares en las crónicas: de la ciudad muerta a don Quijote y a don Juan

Entre las crónicas de *Frívolamente* –las de su juventud– se encuentra la mencionada “Epístolas a Teresa de Jesús”. Comienza Ventura con una exaltación de la poeta, que incluye la introducción de la temática de la conquista y de otros tópicos de la España del fin de siglo, en líneas que recuerdan necesariamente al Darío de “El triunfo de Calibán”. Escribe Ventura:

Otros iban por atrevidas rutas, por ignorados mares, a demoler imperios o desentrañar el oro fatal. Tú por las carreteras castellanas, en piadosa romería, ganabas batallas celestiales [...] ¡Oh delicada y audaz Conquistadora! Tu

hermana de Francia se llama Juana de Arco; en tus venas arde la sangre capitosa del Cid; y Nuestro Señor don Quijote participa a veces de tu locura. (García Calderón, 1989: 25)

Recordemos las líneas con las que Darío concluye su conocido y crucial artículo de 1898, “El triunfo de Calibán”, con una defensa de España, de sus valores morales, de su tradición literaria, que no implicaba una opinión contraria a la emancipación de Cuba sino a los peligros que entrañaba el que denomina “el enemigo brutal”, y que serían el centro argumental del cuento que publicó en el mismo año titulado “D. Q.”⁵:

Y yo que he sido partidario de Cuba libre, siquier fuese por acompañar en su sueño a tanto soñador y en su heroísmo a tanto mártir, soy amigo de España en el instante en que la miro agredida por un enemigo brutal que lleva como enseña la violencia, la fuerza y la injusticia.

“¿Y usted no ha atacado siempre a España?” Jamás. España no es el fanático curial, ni el pedantón, ni el *dómine* infeliz, desdeñoso de la América que no conoce; la España que yo defiendo se llama Hidalguía, Ideal, Nobleza; se llama Cervantes, Quevedo, Góngora, Gracián, Velázquez; se llama el Cid, Loyola, Isabel; se llama la Hija de Roma, la Hermana de Francia, la Madre de América. (En Mattalía, 1996: 182)

El Quijote, convertido en tópico por los del 98, y por Darío en especial (recordemos los famosos poemas de *Cantos de vida y esperanza* “Un soneto a Cervantes” y la “Letanía de nuestro señor don Quijote”, el no tan conocido cuento titulado “D.Q.”, el ensayo “Hércules y Don Quijote” y las crónicas “En Tierra de D. Quijote” y “La cuna del manco”⁶, en los que se subraya el potencial de don Quijote como emblema del idealismo que vinculaba a los países hispanos en su historia de héroes, glorias y quimeras), es otro de los temas que lógicamente también surgirá de modo constante en las crónicas de Ventura, por ejemplo en estas líneas de “Epístolas a Teresa de Jesús”:

Así Don Quijote por ciudades y llanos contagia su locura, ganando el más grande triunfo de los triunfos, el de hacer cabalgar detrás de Rocinante, sumiso, enternecido, al asno del Sentido Común. Así, Teresa, creyentes e incrédulos, vamos todavía a buscar en tus libros, donde fundiste tu espíritu, el calor y la fuerza que nos faltan. (García Calderón, 1989: 25)

Líneas en las que resuenan los versos de la “Letanía a nuestro señor don Quijote” de *Cantos de vida y esperanza* (1905) de Darío, de la que es preciso en este punto recordar aquel “nosotros”, “llenos de congojas y faltos de sol”, “pues

⁵ Probablemente escrito en Madrid en 1898, se publicó en el *Almanaque Peuser para el año 1899*, Buenos Aires, Peuser, 1898: 57-58. He analizado los textos cervantinos de Darío en “Del heroísmo hacia el ensueño: en torno a las “Páginas cervantinas” de Darío en los alrededores culturales del 98”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 37, 2008: 143-159.

⁶ Textos compilados por Jorge Eduardo Arellano bajo el título *Don Quijote no puede ni debe morir (páginas cervantinas)*, 2005.

casi ya estamos sin savia, sin brote, / sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote, / sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios” (Darío, 2011: 469). De hecho hay una alusión idéntica en el texto de Ventura a “Nuestro señor don Quijote”, que “participa a veces de tu locura” (25).

Todo este texto del cronista y narrador peruano está lleno de fragmentos que conducen a Darío, por ejemplo cuando, a propósito de Sarah Bernhardt, escribe Ventura: “Llega del reino del *struggle*, de la vasta y metálica yanquilandia, donde fue a predicar el arte y a infundir el alado espíritu de Francia en los pesados rebaños que pastorea el padre Roosevelt” (García Calderón, 1989: 26), figura histórica que en el poema “A Roosevelt” de *Cantos...* (1905) ya apareciera con los mismos tintes: “Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza; eres culto, eres hábil: te opones a Tolstoy. / Y domando caballos, o asesinando tigres, eres un Alejandro-Nabucodonosor” (Darío, 2011: 420). La construcción del vecino del norte en el poema de Darío también se realiza desde la misma visión: “Los Estados Unidos son potentes y grandes. / Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor / que pasa por la vértebras enormes de los Andes. Si clamáis se oye como el rugir del león” (*id.*, 421).

Pero pasemos a ver otros temas recurrentes finiseculares. En las crónicas de *Bajo el clamor de las sirenas*, en el París “amenazado por los cañones alemanes”, la titulada “Una tarde en Brujas” (Brujas, 1918) reconstruye el tópico finisecular de la ciudad muerta partiendo de la evocación de *Brujas la muerta* de Rodenbach, considerada la obra iniciadora del *topos*⁷. El luto, el silencio, las iglesias desoladas, los cisnes aparecen reconstruidos en el texto de Ventura, que escribe: “la ciudad es un poema de Rodenbach lleno de raras y dolorosas imágenes. Una bruma sutil, empapada de oro, volatiliza los contornos de los solemnes edificios monásticos [...] y las campanas empiezan a repicar deliciosamente como una promesa del alba” (80).

Ahora bien, será en las crónicas que conforman el volumen titulado *En la verbena de Madrid* donde los tópicos se circunscriban a la España de “entre siglos”. Así comienza la que lleva por título “Consideraciones sobre ‘Don Juan’”: “Con la vista a las tumbas en este gris noviembre de nostalgia y esplines” (García Calderón 1989: 91). A lo que añade la figura arquetípica de don Juan, ligada a grandes autores y personajes de la historia de la literatura española: “Y la aventura donjuanesca, la conquista por la conquista más que por la presa, el afán sin tregua ni término, están delatando la voluntad antigua de Teresa, de Quijote, de Ignacio. ¿No es idéntico tesón con objetos diversos? Un corazón, el cielo, la ínsula, Dulcinea, doña Inés, todo es semejante blanco para la puntería de estas almas certeras y aceleradas” (92). Más adelante el cronista peruano introduce irónicamente el personaje de Dulcinea para referirse de nuevo a Darío, aunque no de forma explícita en este caso: “No me extraña que un gran poeta haya tenido por compañera de su vida a una cocinera. Si no llega la que no puede venir, ¡qué más dan fregonas o marquesas!” (93). Así, el vate nicaragüense se inmiscuye por las crónicas de Ventura en las que Santa Teresa o la figura del don Juan dan pie para el

⁷ Véase Hans Hinterhäuser, “Ciudades muertas”, en *Fin de siglo. Figuras y mitos*, 1998: 41-66, y Miguel Ángel Lozano, “Una visión simbolista del espacio urbano: la ciudad muerta”, en José Carlos Rovira y José Ramón Navarro (eds.), *Actas del I Coloquio Internacional “Literatura y espacio urbano”* (1993), Alicante, Fundación Cultural CAM, 1994: 60-73.

desarrollo de los grandes tópicos que configuran el imaginario finisecular construido por simbolistas, decadentistas, modernistas y noventayochistas.

3. Escritores españoles del 98 en la mirada de Ventura García Calderón

En el contexto de comienzos del siglo XX, en el que se produjo el restablecimiento de puentes de comunicación entre intelectuales de ambos lados del Atlántico y se generaron sinergias que permitieron a algunos de ellos soñar y construir una suerte de patria espiritual, asentada en la reactivación del conflictivo panhispanismo que se enfrentaba al panamericanismo del norte, resultan de especial interés, por lo matices que aportan a este debate, las crónicas tituladas “Unamuno” y “Azorín”, la primera de las cuales rezuma un tono sarcástico reconocido por el propio Ventura García Calderón en nota al pie inicial que dice: “El maestro me ha perdonado ya el tono impertinente de esta crónica” (García Calderón, 1989: 99). Efectivamente, el tono irónico atraviesa la crónica en la que emerge la ciudad de Salamanca como espacio esencial para referirse al momento histórico del 98 con relación a la historia de la conquista:

Y la ciudad crecía, inquieta y vocinglera, llevando a cabo como un apoderado del pensamiento la generosa tarea de meditar por todos, de silogizar por quienes no podían hacerlo, muy ocupados en conquistar mundos, catar mujeres y matar moros. Todo acabó, todo se disipó: los mundos conquistados y la fama doctoral. Pero le queda a España la gloria y a a Salamanca su rector. (García Calderón, 1989: 100)

Y prosigue sobre Unamuno, que “ha iluminado durante años a la España que lee y que medita... llevando en un bolsillo el Quijote y en el otro la Biblia” (100-101), cabe añadir: como Darío.

Más adelante se refiere a Unamuno metafóricamente como “biblioteca circulante de paradojas”, y de su prosa nos dice que “junto a un vertiginoso pensamiento de altura o un grito de calvario” se encuentra “la molesta y desabrida sucesión de vulgaridades doctorales. Les ha contado a los lectores de *La Nación* de Buenos Aires, cada semana, cómo se desayuna y cómo se reza” (101). En esta línea de ideas, *El Quijote* será lógicamente una referencia constante: “Los cronistas han descrito su facha de Quijote prudente, de aldeano vasco que leyó libros de andanza mística” (101). Asimismo, alude Ventura al “rencor a París” de Unamuno y también a su epistolario americano, que es una de las más ricas muestras del renacimiento de ese diálogo cultural entre la intelectualidad de España y América: “Sin malicia, diríamos que administraba bien su gloria. Cada escritor joven de España y sus Indias, puede jactarse de haber recibido cartas de Unamuno... Escribía a todo el mundo hispánico, para que la América –no digo latina porque le enfada esta palabra– aceptara su férula y para que Madrid, el Ateneo mediante, no le olvidara por completo”. Como vemos la malicia, o más bien el sarcasmo, es más que evidente, y se intensifica a continuación, cuando prosigue: “En su incontinencia epistolar...” (102).

En la crónica que dedica a “Azorín” el tono será más neutro, desprovisto de esa ironía que atraviesa la semblanza de Unamuno. Antonio Martínez Ruiz aparece en sus páginas como “un hombre hermético” (105) y solitario, sobre cuya obra Ventura opina: “muchos preferimos el Azorín de los ensayos y las novelas al crítico semanal de *ABC*”; “el caso es singularísimo si se piensa en que el Azorín de las novelas es cordial, y una efusiva ironía a lo Dickens, una emotividad en descargas breves se diluyen en sus páginas magistrales” (106-107). El final no deja duda a la admiración que le profesa Ventura. La agudeza del crítico que despunta en estas crónicas se evidencia en la visión metafórica sobre la figura de Azorín y su obra: “puso siempre sordina a su guitarra”; “no prefiere los momentos culminantes, sino cualquier minuto suave y sin memoria en la continuidad de las horas vulgares. Su arte señala el extremo límite del realismo, lo que podríamos llamar la bancarrota del héroe” (107). De ese arte surge “la elegía de lo menudo” y “el sentido de la tragedia cotidiana” (108), “ni exagerar ni lamentar, sonreír a veces” (108). Pero si una metáfora destaca en esta crónica entre todas las que se van desgranando en su desarrollo, es la utilizada para definir, con exactitud y economía de palabras, al autor de *La voluntad*: es “el gran tacaño de la metáfora” (109). Además, Ventura atribuye a la inclinación de Azorín hacia lo francés, la claridad y el equilibrio.

En este punto interesa destacar su opinión sobre *La Voluntad*, que “tendrá el destino de la biblia manchega” y, junto con *Don Quijote* “son dos instantes de la conciencia española, los bastidores entre cuyo escenario España fue grande y miserable. Cualquiera que sea el futuro destino ibérico –y ya lo adivinamos admirable por el actual resurgimiento–, no se olvidarán estas dos fechas: 1605 y 1902. Señalan la aparición de dos libros que son ‘estados del alma’” (109). Ventura acierta a ver en *La Voluntad* “un desencanto grávido, España sin colonias Cavite...” (109), frente al *Quijote*, en el que “está todavía aquella locura de querer, aquella hidrópica voluntad que asombra al mundo” (110). Frente a la voluntad de don Quijote, el “no querer” o abulia de la obra de Azorín. Ventura atina aquí en esta visión de conjunto de la tradición literaria española en sus dos momentos clave, al comparar a Cervantes con Azorín: “Cervantes se reía. Azorín sonríe solamente” (110).

El 98 emerge en el texto con todo el peso de la pérdida: “¿Qué es la vida? se pregunta Segismundo. ‘Una sombra, una ficción’. Después del descalabro, la raza está como Don Quijote, sentada en medio del camino, desconcertada, desorbitada. Le amputaron Cuba. Concluyó la “lotería de América” (111). La belleza de las metáforas sigue iluminando esta crónica en la que España y América dialogan cuando la primera está “cesante de mundos” (111). Ante esta realidad, Ventura concluye categórico: “Decidme si *La Voluntad* no traduce exactamente este estado sentimental de 1900” (111), si bien el párrafo final resulta hondamente significativo del conflicto entre latinos y anglosajones que marcó este tiempo a ambos lados del Atlántico⁸: “Y son muchos –tal vez yo entre ellos– quienes

⁸ En el artículo de Lily Litvak titulado “Latinos y anglosajones: una polémica de la España de fin de siglo”, la autora realiza un enjundioso estudio sobre el tema, desarrollado durante los años que rodean el cambio de siglo en libros de las más diversas procedencias. Lily Litvak, *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo*, Barcelona, Anthopos, 1990, págs. 155-199. (Publicado por primera vez en la *Revista Internacional de Sociología*, Madrid, Segunda época, 15-16, julio-diciembre de 1975).

prefieren que el escritor ande en mangas de camisa por Nueva York, apasionado y plebeyo como Whitman, a verle retirarse con un desdén santificado pero triste, a la colina en donde brilla, bajo un sol polar, el antipático laboratorio de Goethe” (111).

Por último, es la crónica que dedica a Ortega, bajo el título “Ortega y Gasset y sus ‘jóvenes españoles’”, la que nos permite terminar de clarificar el posicionamiento de Ventura en esa nueva “patria intelectual” hispanoamericana (“confederación intelectual o espiritual”⁹, la denominó Ángel Ganivet) surgida del 98 que planteó Rodó en su ensayo “La novela nueva” (1967: 156). Escribe Ventura sobre el 98:

Esta idea de enfermedad obsesiona desde hace un siglo a sus pensadores. Don José Cadalso hablaba ya en sus “cartas marruecas” de “curar a un enfermo”. Costa pedía un cirujano. (114)

Para España, la España desollada que pierde en Cuba sus últimas carabelas, soñar fue recordar... Vivir en España ahora por unos meses, es admirar las posibilidades de nuestra raza, y una juventud modernísima en tendencias anuncia allí el estío cierto”. (García Calderón, 1989: 115)

Encontramos aquí la misma visión que desarrolló Rodó en otro artículo fundamental, “La España niña”, donde el uruguayo expresó con mayor claridad el lugar que ocupaba España en su pensamiento sobre América Latina:

Yo no he dudado nunca del porvenir de esta América nacida de España. Yo he creído siempre que, mediante América, el genio de España, y la más sutil esencia de su genio, que es su idioma, tienen puente seguro con que pasar sobre la corriente de los siglos [...] Pero yo no he llegado a conformarme jamás con que éste sea el único género de inmortalidad, o, si se prefiere, de porvenir, a que pueda aspirar España. Yo la quiero embebecida, o transfigurada en nuestra América: sí, pero la quiero también aparte, y en su propio solar, y en su personalidad propia y continua. [...] Me he habituado así a borrar de mi fantasía la vulgar imagen de una España vieja y caduca, y a asociar la idea de España a ideas de niñez, de porvenir, de esperanza. Creo en la *España niña*. (Rodó, 1967: 740)

Este mismo posicionamiento fue expresado también por Fernando Ortiz en sus artículos reunidos bajo el significativo título de *La reconquista de América*, de 1911, en los que desarrolló su rechazo a cualquier atisbo de paternalismo intelectual tras la independencia de Cuba. Ortiz fue uno más de los intelectuales que se carteo con Unamuno, hasta que entró en un conflicto derivado de la imposibilidad del salmantino para aceptar el antiespañolismo que profesara el cubano por aquel tiempo, y que escapa a estas páginas¹⁰. Ventura es una pieza más

⁹ Ángel Ganivet, *Idearium español. El porvenir de España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1977, pág. 98. Un lugar destacado ocupa también Rafael M. de Labra (autor de *Orientación americana de España*, 1910), quien impulsó la revitalización de esa comunidad cultural hispano-americana imprescindible para la rehabilitación nacional española.

¹⁰ Ricardo Viñalet sintetizó el posicionamiento de Fernando Ortiz en este contexto del 98: Dentro de los primeros esfuerzos de Fernando Ortiz –explica Ricardo Viñalet–, no pocos se dirigieron al autoexamen, al

en este panorama del diálogo transoceánico, pues planteó ideas sobre algunos escritores españoles de su tiempo que marcan similitudes y diferencias con respecto al discurso idealizador de la hermandad espiritual entre intelectuales hispanoamericanos y españoles en el contexto del 98, sumándose a algunas de las voces citadas en lo referente a la visión que proyectaron en estos años sobre España, oscilante entre el acercamiento en algunos casos y el rechazo en otros; diferencias que permiten aportar nuevos ángulos para continuar auscultando este contexto cuyas fisuras revelan su complejidad y su riqueza.

Estas últimas, las fisuras de un contexto que no puede ser idílicamente panhispánico como algunos quisieron (desde ambos lados del Atlántico), provienen de muchos y diversos factores que atañen a la historia propia de cada una de las repúblicas americanas y su relación con España desde tiempos coloniales, pero también de una cuestión básica centrada en la relación específica entre escritores e intelectuales, de la que he partido en estas páginas y que conviene subrayar para concluir. Y es que frente a los grandes arraigados, que fueron los escritores del 98, buena parte de los autores americanos de comienzos del siglo XX fueron grandes cosmopolitas. No en vano Ventura construyó el retrato de Darío como el trasplantado, o como primer desarraigado, “intérprete de una sensibilidad” de época, la de la América Latina que renacía tras el convulso siglo XIX con la mirada lanzada hacia la savia de la modernidad. En realidad, también Ventura respondía a este mismo retrato del “trasplantado”. Y desde la Europa a la que arribó en su juventud, tiñó su mirada de estrellas distintas, aquellas que las luces parisinas borraban para dejarlas vivir en el recuerdo de su raro y lejano país.

Referencias bibliográficas

- Arellano, Jorge Eduardo. *Rubén Darío. Don Quijote no puede ni debe morir (Páginas cervantinas)*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2005.
- Darío, Rubén, “El triunfo de Calibán”, en Sonia Mattalía. *Modernidad y fin de siglo en Hispanoamérica*. Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1996[1898], pp. 179-182.
- Ganivet, Ángel. *Idearium español. El porvenir de España*. Madrid: Espasa-Calpe, 1977 [1897].
- García Calderón, Ventura. *Obra literaria selecta*. Sel. y pról. de Luis Alberto Sánchez. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1989.
- Hinterhäuser, Hans, “Ciudades muertas”, en *Fin de siglo. Figuras y mitos*. Madrid: Taurus, 1998, pp. 41-66.
- Litvak, Lily. *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo*. Barcelona: Anthropos, 1990.

autoconocimiento del cubano (Serrano, 1987). Asimismo emprendió una cruzada en pro de la dignificación ciudadana en aquella república artificial y exhausta desde el mismo 20 de mayo de 1902, cercenada en la soberanía, urgida de emprender un camino largo y arduo de ascensión ética, social y política. Ortiz recogió el guante; percibió que por ahí se marcaba un rumbo para alcanzar los objetivos: *regeneracionismo* desde la derrota, la pobreza y la identidad, tan afines, evaluó las circunstancias cubanas y españolas. Un *regeneracionismo* desde la otra linde, *transculturado* (2001: 38).

- Lozano, Miguel Ángel, “Una visión simbolista del espacio urbano: la ciudad muerta”, en José Carlos Rovira y José Ramón Navarro (eds.). *Actas del I Coloquio Internacional “Literatura y espacio urbano”*. Alicante: Fundación Cultural CAM, 1994, pp. 60-73.
- Rodó, José Enrique. *Obras completas*. Edc., intr. y pról. de Emir Rodríguez Monegal. Madrid: Aguilar, 1967.
- Rovira, José Carlos (ed.). *Rubén Darío. Cantos de vida y esperanza*. Madrid: Alianza Editorial, 2004.
- Valero Juan, Eva Mª. *Rafael Altamira y la reconquista espiritual de América*. Cuadernos de América sin nombre, nº 8. Alicante: Universidad de Alicante, 2003.
- “Del heroísmo hacia el ensueño: en torno a las “Páginas cervantinas” de Darío en los alrededores culturales del 98”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 37 (2008), pp. 143-159.
- Viñalet, Ricardo. *Fernando Ortiz ante las secuelas del 98. Un regeneracionismo transculturado*. La Habana: Fundación Fernando Ortiz, 2001.